

hechos por el arquitecto, a ver si estaban de acuerdo con las instrucciones dadas por el Ayuntamiento, que los aprueba y pasan a la Junta Municipal.

No se sabe lo que pasaría con el teatro, pero en julio del 90 se acordó «que se pongan oficios a los individuos de la junta del teatro en construcción, para que se loden los huecos que dan a la calle para evitar que se echen basuras en el solar que es hoy un foco de infección».

Sorprenden el hecho y las medidas. ¿Qué podría pasar? ¿Estaría la obra parada, sin haber nadie en ella y la gente de la plaza arrojaría dentro las inmundicias?

La medida fue tomada por don Julián Sánchez Pantoja que, como primer teniente de alcalde, tuvo que suceder a Castillo, el cual murió quince días después de esto; pero ya don Julián estaba actuando de alcalde y el primer día que se sentó en la poltrona se sintió incómodo porque le quedaba holgada, planteándosele en el acto el problema del cólera. El descubrimiento de los microbios se venía imponiendo poco a poco en los últimos cuarenta años, porque entonces no podían difundirse las cosas con la rapidez que ahora, y don Julián, a propuesta de la Junta de Sanidad, después de hacer constar «las circunstancias sanitarias porque vienen pasando algunos pueblos de la provincia de Valencia por haberse presentado algunos casos de cólera morbo, acordó facilitar cal a los vecinos pobres para blanquear sus casas, construir dos barracones de madera. si por desgracia hubiera necesidad de hacerlos, que sirvieran de hospitales de coléricos, blanquear la casa hospital, hacer una monda del arroyo de la Mina, hacer una atarjea desde las naves de

degüello del matadero hasta el pozo que hay en el descubierta del mismo con objeto de que vayan a él las aguas sucias, para evitar malos olores y lodar los huecos que dan a la calle de la obra del teatro. Se hizo eco don Julián de que se notaba escasez de agua potable, porque los pozos no daban suficiente, y propuso recurrir «a donde corresponda» para sacarla del depósito de la Estación del ferrocarril, permitiendo que un encargado del Ayuntamiento saque los cubos que fueren precisos para el abasto público».

Don Julián, como curial, estaba hecho a tomar las cosas con calma y a la continuidad del devanado, sin llegar nunca a la punta, temperamento escéptico, más bien dominado, complaciente y contemporizador, hecho a las maneras pausadas y dilatorias de las escribanías de su tiempo y de todos los tiempos, pero amigo de salirse con la suya, como demostró para abandonar el cargo que se le atragantó el primer día.

Por fin Jaén, a raíz de la feria del 91, ordenó lodar los huecos del teatro existente en la Plaza de la Constitución, por considerarlo perjudicial a la salubridad e higiene públicas.

Detalle un tanto sainetesco, lo es la forma infatuada en que Jaén ordenó implantar «definitivamente» el sistema métrico decimal en los pesos y medidas, con aire castrense, y como si estuviera harto de decirlo, en abril de 1891.

Lo que no impidió que en agosto del mismo año volviera a manifestar que tenía noticias de la poca uniformidad que había en los establecimientos respecto del uso que se hacía indebidamente de los pesos y medidas del sistema antiguo, acordándose que lo vigilara